

EL GLOBO Y LA BARRILLA



Momentos de Alicante Gerardo Muñoz Lorente

El maestro barrillero recibió al representante de la empresa exportadora de sosa en la Goteta, en la ladera de la sierra de San Julián o Serra Grossa, a pocos metros de donde faenaban sus ayudantes.

Anduvieron hasta el lugar donde estaban las primeras piedras que se habían extraído, compactas, de unos dos quintales cada una, con forma de rosco y de un color gris azulado, tirando a blanco. El comerciante las examinó con atención y luego se mostró satisfecho. Tras ser debidamente partidas en el almacén de la empresa, aquellas piedras de sosa estarían preparadas para ser exportadas a media Europa desde el puerto alicantino.

Desde hacía siglos, la exportación de sosa obtenida de las cenizas de la barrilla era una de las principales actividades comerciales de la ciudad de Alicante.

La sosa era imprescindible para la fabricación de vidrios, espejos, cristales, losas, esmaltes y pedrería. Con ella se elaboraban jabones, se blanqueaba la ropa y se destilaban lejías y barnices. Se obtenía de las cenizas de algunos arbustos o algas, pero la más apreciada en el mercado internacional era la conse-

guida mediante la quema de la barrilla alicantina, sobre todo la que abundaba en la sierra de San Julián, ya que sus cenizas podían llegar a contener un 30% de carbonato sódico, frente al 8% del resto de especies vegetales o algas.

Desde hacía treinta años se obtenía sosa de manera artificial en fábricas de Alemania, Francia y, sobre todo, Inglaterra, mediante un procedimiento químico que había inventado a finales del siglo anterior el científico francés **Nicolás Leblanc** y que había perfeccionado posteriormente el irlandés **James Muspratt**. Esta fabricación de álcali o sosa artificial parecía que podía ser más económica que la manera tradicional de quema de especies vegetales o algas, pero la sosa obtenida de barrilla alicantina seguía exportándose en grandes cantidades hacia Francia, Génova, Venecia, Irlanda y otros países europeos.

Mientras varios hombres subían las primeras piedras de sosa a los carros que las llevarían al almacén del puerto, el maestro barrillero enseñó al comerciante el sitio donde sus ayudantes se hallaban trabajando en los procesos de hurgoneo y choqueo.

Una vez recolectada la barrilla en el terreno salado de la sierra, se dejaba secar y luego se incineraba en hoyos de dos metros de diámetro y uno de profundidad en forma de marmita. El control de la combustión era una labor sumamente importante y exclusiva del maestro barrillero. Acabada la incineración, las cenizas eran enfriadas con agua y los hoyos eran tapados con tierra durante al menos veinte días, si bien podían conservarse así meses e incluso años. La pasta resultante era hurgoneada con largos palos parecidos al timón de un arado hasta derretirla. Era una labor agotadora, pues el hurgoneo podía durar hasta cuarenta horas ininterrumpidas. Por último, la pasta era aplastada con un madero de pino combado y de más de dos metros

huérfano de nubes volaban varias gaviotas que se acercaban a la sierra protestando porque su lugar de descanso se hallaba invadido por humanos. Los peones que faenaban recogiendo barrilla estaban quietos y erguidos como estatuas, contemplando el horizonte meridional. No observaban a las gaviotas ni al vapor que se acercaba al muelle lentamente y desprendiendo una columna de humo. Miraban la esfera enorme y granate que flotaba en el cielo y sobre el mar, más allá del Benacantil y de la ciudad amurallada.

Tanto el maestro barrillero como los demás hombres que trabajaban con él observaron aquella extraña esfera con sorpresa y recelo. Hasta que el comerciante, el único que había visto antes un globo aerostático, les explicó de qué se

que fuera realizada en 1853. Alfred Guesdon fue un arquitecto y litógrafo francés que nació en Nantes en 1808 y publicó sus trabajos en «La Illustration, Journal Universel» de París.

Su primer viaje por España lo realizó entre los años 1852 y 1854, durante el cual representó 11 ciudades en acuarela. La litografía de Valencia está datada en 1853, año en el que seguramente realizó también la de Alicante.

Guesdon dibujó un total de 24 vistas, de las cuales 16 son aéreas de 11 ciudades españolas. Seis de estas vistas aéreas están hechas desde lo alto de una colina, el resto parece que fueron tomadas desde el cielo, es decir, a vista de pájaro. En cuatro de ellas la ciudad se ve desde el mar, con el puerto en primer término. La de Alicante es una de estas.

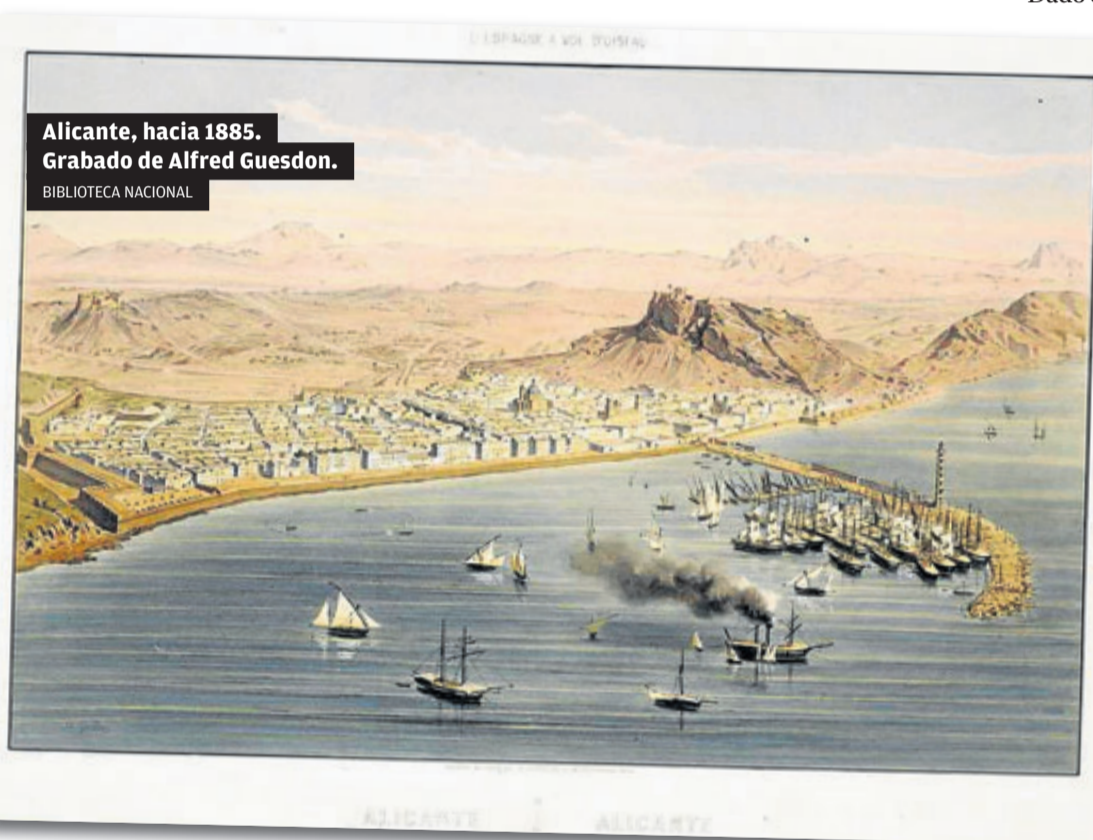
Dado el alto realismo y perfección de las vistas aéreas, una hipótesis dice que Guesdon las realizó desde un globo aerostático. Incluso se ha apuntado la posibilidad de que las imágenes de las ciudades fueran tomadas por el fotógrafo y aeronauta galés **Charles Clifford** (que vivía en Madrid), sirviéndose luego Guesdon de esas imágenes tomadas con la técnica del calotipo, para copiar sus acuarelas. Fue el especialista en archivos fotográficos **Gerardo F. Kurtz Schaeffer** quien propuso en 1996 esta supuesta colaboración entre Clifford y Guesdon, al deducir que fue este quien acompañó al fotógrafo galés en dos vuelos aerostáticos llevados a cabo en Madrid en enero de 1851, ya que las crónicas cuentan que iba acompañado de un tal **A. Goulston o Gouestion**.

Pero esta suposición fue posteriormente descartada al comprobarse que el acompañante de Clifford en aquellos vuelos era realmente un aeronauta británico apellidado Goulston.

Tampoco hay una evidencia documental que apoye la hipótesis del uso del globo por parte de Guesdon para la realización de sus vistas aéreas. Más bien se cree que se sirvió de técnicas ajenas a la aeronáutica, desarrollando un sistema para representar vistas a vuelo de pájaro, sirviéndose de planos bien trazados que ponía en perspectiva, elevando mucho la línea del horizonte, representando todos los edificios de la ciudad con gran detalle y añadiendo efectos de relieve e iluminación.

En cualquier caso, el resultado es magnífico. Guesdon supo plasmar fielmente la ciudad de Alicante en 1853. Una ciudad de 125 calles y 15 plazas, cuyos principales edificios aparecen perfectamente representados.

En este mismo año de 1853, **Francisco Coello** firmó un plano de Alicante.



de largo, protegido por una plancha de hierro, conocido como chueca.

Una vez se había cuajado la masa, convirtiéndose en piedra, era extraída del hoyo. Y en este proceso de extracción de una de las piedras se hallaban los tres hombres a los que estaban observando el maestro barrillero y el comerciante, cuando llegó hasta ellos uno de los peones más jóvenes, un mozo de unos 15 años calzado con esparteñas sin apenas suelas y vestido con pantalón y camisa sucísimos, que les avisó a gritos y con cara de asombro de algo extraordinario que había aparecido en el cielo, encima casi de la ciudad.

Todos los hombres que escucharon las voces del muchacho dejaron lo que estaban haciendo, incluso los que se encontraban almorzando algarrobas e higos secos, para ascender por la ladera de la sierra. Al comerciante le costó seguir el veloz paso del maestro barrillero por aquel sendero que cruzaba matorrales, bordeado por algunos pinos carrascos y eucaliptos. En la cima corría la brisa marina, perfumada por los romeros y los lentiscos. El sol aún estaba lejos de alcanzar su cénit. Por el cielo azul y

trataba: aquella enorme bolsa encerraba en su interior una masa de gas más ligero que el aire, razón por la cual volaba. Sujetaba la esfera debajo de ella un objeto que parecía un cesto grande, que el comerciante llamó barquilla, donde iba el tripulante del globo y quizás algún otro pasajero. Y aunque apenas si se veía, la barquilla estaba sujeta a la tierra por un cable. «Es un globo cautivo. Lo ha traído un pintor francés que llegó a la ciudad hace unos días», dijo el representante de la casa comercial alicantina.

Alicante, a vuelo de pájaro

En la Biblioteca Nacional de España se custodia una litografía impresa en París por **François Delarue**, con firma manuscrita en el ángulo inferior izquierdo de **Alfred Guesdon**, titulada «Alicante: vue prise au dessus du port» («Alicante: vista tomada sobre el puerto»). Y, en efecto, en esta estampa se ve la ciudad de Alicante, aún amurallada, y su puerto, así como sus alrededores, «à vol d'oiseau» («a vuelo de pájaro»).

La datación que ofrece la Biblioteca Nacional de la pintura está con un interrogante: «1853?». Lo más probable es